

Marcas *femeninas* en la imagen del hombre lector en la novela realista/naturalista española

Pedro GARCÍA SUÁREZ
Universidad Complutense de Madrid
pedrogarciasuarez@hotmail.es

RESUMEN

Este artículo pretende indagar en la figura del hombre lector que se representa en la novela decimonónica, más exactamente, en aquellos que se desvían de la representación más generalizada. Es decir, frente a la figura del hombre culto, reflexivo y distanciado de sus lecturas, podemos encontrar otro tipo de lectores que se acercan “peligrosamente” al modo de leer que se asociaba a la mujer. Una relación con la lectura basada en el sentimentalismo, la evasión y la identificación.

Palabras clave: lector, lectora, realismo, naturalismo.

ABSTRACT

This article tries to inquire in the figure of the man reader that nineteenth-century novels portray, more exactly, in those who deviate from the most generalized representation. Namely, we can find other kind of readers who approach to the way of reading associated with the female gender “dangerously”, instead of the figure of the man cultured, reflexive and distanced from his readings. A relation based on sentimentality, evasion and identification.

Key words: man reader, woman reader, realism, naturalism.

Aunque las primeras alusiones a la mujer lectora estén fijadas en el siglo XVI “tanto en los tratados de formación como en la iconografía religiosa”¹, esta relación aparece restringida a un cierto número de ellas en espacios determinados: “Más allá de los estrechos espacios cortesanos, fue en el ámbito religioso [...] donde prosperó con mayor amplitud la cultura del libro entre las mujeres”². Por ello, podemos

¹ G. García (2006), p. 28.

² G. García (2006). Además de este primer punto inicial, se debe incidir en que la mujer va a seguir accediendo a la lectura de diversas maneras ya que, por ejemplo, hasta el siglo XIX no es necesario conocer los rudimentos básicos del alfabeto para acceder a los libros si

entender la importancia del siglo XIX en tanto que contempla un proceso de transformación de esta relación entre libro y mujer que cambiará por completo su historia. En primer lugar, el aumento de la alfabetización femenina debido a las mejoras educativas³ permite una mayor inclusión de mujeres en la categoría de lectoras y, paralelamente, “el desarrollo de un hábito silencioso e individual”⁴ convierte a la lectura en un espacio conquistado en el que no existe ningún tipo de mediación autoritaria⁵. Por otro lado, la construcción en torno a esta figura parece variar considerablemente. Si tradicionalmente el rol asignado a esta básicamente consistía en “salvaguardar la costumbre, la tradición y el uso familiar”⁶ y, por ello, los principales textos con los que se relacionaba eran de carácter religioso,

Las nuevas lectoras del siglo XIX, sin embargo, daban pruebas de tener otros gustos, más seculares, y hubo que diseñar nuevas formas de literatura para su consumo. Entre los géneros destinados a este sector se encontraban los libros de cocina, las revistas y, sobre todo, la novela popular barata.⁷

tenemos en cuenta la importancia de la actividad lectora grupal y en voz alta. Recordemos a la analfabeta Fortunata deleitándose ante la lectura de *La Dama de las Camelias*: “Fortunata conocía *La dama de las camelias*, por haberla oído leer. Recordaba la escena aquella del padre suplicando a la *dama* que le quite de la cabeza al chico la tontería de amor que le degrada, y sintió cierto orgullo de encontrarse en situación semejante” (B. Pérez Galdós (2011), p. 696). Por otro lado, las transformaciones acontecidas en la época decimonónica no significaron la negación de esta práctica tradicional: “ambas prácticas no eran excluyentes, ni se trató de un relevo, sino de prácticas compartidas durante mucho tiempo” (J.A. Martínez Martín (2001), p. 467).

³ Sin embargo, los datos que quedan recogidos sobre la época confirman que todos los pasos conseguidos hacia la mejora de la educación femenina no modificaron la realidad de una manera inmediata. Aún en 1870, nos enfrentamos a una tasa de analfabetismo femenino del 81% (P. Ballarín Domingo (1989), p. 249). Estos datos son matizados Martyn Lyons, refiriéndose al mundo occidental en general, en lo que refiere a la habilidad lectora ya que considera que es imposible contar a “ese numeroso grupo de personas que eran capaces de leer, pero que aún no sabían escribir su propio nombre” (M. Lyons (2011), p. 390).

⁴ M. Lyons (2011), p. 399.

⁵ Generalmente, cuando nos referimos a la lectora estamos aludiendo a un personaje femenino de clase o media-alta por varias razones. Entre ellas, sobresale el acceso a la educación, dado que una mujer de clase baja concentraba sus esfuerzos en el trabajo. Por otro lado, si la novela se presupone en la época con el objetivo de “entretener a los lectores ociosos” (M. Lyons (2011), p. 394), entonces se convierte en “parte de la esfera privada a la que se relegó a las burguesas del siglo XIX”. A estos apuntes, podemos sumarle el necesario poder adquisitivo para poder conseguir las obras.

⁶ M. Lyons (2011), p. 390.

⁷ M. Lyons (2011), p. 391.

La novela realista/naturalista española muestra, en un gran número de obras, diversas representaciones de la nueva imagen de esta lectora que comprende este ejercicio como una cita solitaria entre ella y el texto, pudiendo entender esta figura entonces como “una pionera de las modernas nociones de privacidad e intimidad”⁸.

Los nuevos cambios que reconfiguran la construcción tradicional de la lectora revisten especial relevancia teniendo en cuenta la costumbre del hombre de leer en sociedad, debatiendo y reflexionando sobre las ideas contenidas en los textos. Por ejemplo, Gaspar de Montenegro en *La Sirena Negra* (2000), hombre culto y ávido de lecturas, contrata a Solís con el objetivo de poder compartir sus lecturas con él.

Entonces le insinuó que, justamente, si he buscado para Rafaelín, que, por ahora, no puede empezar a educarse, un profesor intelectual, es para tener a alguien con quien hablar de mis lecturas y entretener las horas de las tardes de invierno.⁹

Si observamos la diversa tipología que se nos ofrece en estas representaciones, dilucidamos la existencia del predominio del tipo de lectora que lee obras ficcionales para evadirse de una realidad poco estimulante. En contraposición, suele aparecer frente a un hombre también lector pero que, por el contrario, mantiene una actitud radicalmente distinta frente a los libros: “Cuando ambos sexos se mezclaban en calidad de lectores, la mujer solía ocupar una posición sometida a la tutela del varón”¹⁰.

Las características más frecuentes que suelen asociarse a este tipo de lectora se centran en lo puramente sentimental, como actitud base para enfrentarse al ejercicio lector. Mujeres irreflexivas, con una importante carencia de formación, propensas al histerismo, dadas a la distorsión de la realidad debido a la injerencia de lo ficcional y que suelen afrontar un trágico final debido a la extrapolación que realizan de sus lecturas.

La feminización del público lector de novelas parecía confirmar los prejuicios imperantes sobre el papel de la mujer y su inteligencia. Se creía que gustaban de la novela porque se las veía como seres dotados de gran imaginación, de limitada capacidad intelectual, frívolos y emocionales [...] la novela podía excitar las pasiones y exaltar la imaginación femenina [...] Por ello, la novela del siglo XIX se asoció con las cualidades (supuestamente) femeninas de la irracionalidad y la vulnerabilidad emocional.¹¹

⁸ M. Lyons (2011), p. 400.

⁹ E. Pardo Bazán (2000), p. 479.

¹⁰ M. Lyons (2011), p. 396.

¹¹ M. Lyons (2011), p. 394.

A su lado, la imagen más difundida del lector en la novelística decimonónica es la del hombre culto, reflexivo, formado y juicioso. Lectores que, dadas las características que se les presuponen por el mero hecho de nacer con unas determinadas características biológicas, manifiestan una forma radicalmente distinta de leer. Ellos leen para entender el mundo, para formar parte de él. No existen “lecturas perjudiciales”, dado que su carácter intelectual les defiende de cualquier tipo de influencia nociva que pueda ocasionar un determinado tipo de textos.

Conviene recordar igualmente que esta actitud proteccionista derivaba de la consideración de la mujer como un ser débil e influenciable, a quien convenía proteger, sobre todo, de cualquier esfuerzo intelectual innecesario ya que, según afirmaban teóricos como Nicholas Cooke, “la sustancia del cerebro masculino tiene más consistencia, más densidad; en la mujer es más suave y menos voluminosa”.¹²

Una de las representaciones que más pueden acercarnos a la imagen estandarizada del lector en la ficción es la de Máximo Manso, protagonista de la novela galdosiana *El amigo Manso* (1999). Ya desde las primeras páginas él mismo se define como un lector incansable, cuyos inicios datan de los primeros años de su infancia: “La miopía ingénita y el abuso de las lecturas nocturnas en mi niñez me obligan a usar vidrios”¹³. Todos estos libros redundan en la adquisición de un gran acervo de conocimientos: “[...] en mi corta edad no había en el pueblo persona que me echase el pie adelante en ilustración”¹⁴. Dada la supuesta superioridad intelectual de los hombres frente a las mujeres, Máximo no cree que la lectura □ para él desconocida □ de Irene pueda ser de carácter abstracto, género que, por otro lado, el protagonista lee y produce:

Interpreté su turbación de un modo favorable a mi persona, y me dije: «Quizá leería algo mío». Pero al punto pensé que no habiendo yo escrito ninguna obra de entretenimiento, si algo mío leía había de ser o la *Memoria sobre la psicogénesis y la neurosis*, o los *Comentarios a Du-Bois-Raymond*, o la *Traducción de Wundt*, o quizá los artículos refutando el transformismo y las locuras de Haeckel. Precisamente la aridez de estas materias venía a dar una sutil explicación al rubor y disgusto que noté en el rostro de mi amiga [...]”¹⁵

En la misma línea, Mauro, protagonista de *Memorias de un solterón* (2004), también encarna el prototipo de lector al que estamos aludiendo: dueño de su vida, elige su estado de soltería permanente, sus historias amorosas y, en definitiva, su

¹² A. Correa Ramón (2006), p. 34.

¹³ B. Pérez Galdós (1999), p. 12.

¹⁴ B. Pérez Galdós (1999), p. 15.

¹⁵ B. Pérez Galdós (1999), p. 107.

destino. Al mismo tiempo, es un hombre cabal, juicioso y admirado por el resto de la sociedad. Cuando expone sus gustos literarios, observamos que abarcan todo tipo de géneros:

...y me arrellano en una butaca, a leer la prensa de la corte, a abrir y gulumear *Ilustraciones y Revistas*. La de *Ambos Mundos*, decadente y todo, sigue siendo mi predilecta; devoro sus novelas interesándome mucho en la ficción; tampoco me desagradan los reposados y agudos estudios críticos de Lemaitre (mirar lo de la i con triángulo) y Brunetière, ni ciertos artículos de carácter biográfico [...] No descuido el movimiento literario ameno, el que no fatiga el cerebro ni lo atolla en indigestas e insolubles cuestiones: leo a unos autores porque me divierten y estimulan (como Gyp), a otros porque me causan grata fiebre, (como Bourget), y a otros, (como Prevost), porque me cosquillean en el pensamiento.¹⁶

Es decir, Mauro puede permitirse acceder a cualquier lectura: a los textos de carácter abstracto o intelectual porque le forman, y a la ficción porque, al ser un hombre, su *inherente* inteligencia le salvaguarda de todo posible perjuicio. De esta manera, por las noches se deleita con todo tipo de nuevas novelas o textos ficcionales, los cuales no alteran sus nervios ni trastocan su realidad:

Yo extendiendo la mano y tomo un estantillo, colgado sobre la mesa de noche, la novela nueva de Daudet, de Galdós, de Tolstoy, de Bourget o de autores menos afamados pero dignos de lectura; el último poema de Campoamor, el más reciente drama de Ibsen, las novísimas picardigüelas de Armand Silvestre... y ya me tienen ustedes lejos del mundo real [...] en fin, con una cohorte de seres extraños, fantásticos, pero de vida más intensa y ardiente que la de los hombres y mujeres de carne y hueso que recorren las calles de Marinada.¹⁷

Al lector no le falta alguien que le facilite el acceso a sus lecturas porque él es hombre y puede conseguirlas por sí mismo. Va a ser él también el que posea la oportunidad de disfrute de la magnífica biblioteca de la duquesa. En contraposición, Fe Neira depende de su generosidad para conseguir acceder a esos libros.

No eran, sin embargo, los cuadros ni los muebles la mejor parte del legado de la duquesa. Constituía una biblioteca, excepcional por lo escogida, que la heroína no había reunido, sino que a su vez le había legado un amigo y compañero de emigración [...] y como la excelente pupilera no se resolvía a deshacerse de ella, yo la usufructuaba con deleite.¹⁸

¹⁶ E. Pardo Bazán (2004), pp. 98-100.

¹⁷ E. Pardo Bazán (2004), pp. 105-107.

¹⁸ E. Pardo Bazán (2004), pp. 90-91.

Una vez presentadas estas representaciones predominantes del hombre y la mujer como lectores y asumiendo las ideas de Judith Butler (2011) acerca de la comprensión del género como un conjunto normativo impuesto culturalmente a un sexo también establecido del mismo modo dentro de un sistema binario cerrado, encontramos la base sobre la que cimentan estas construcciones: la presentación de determinadas imágenes que pretenden abarcar de un modo simple y maniqueo a toda la diversidad de personas englobadas en las categorías “hombre” y “mujer”.

Sin embargo, una vez observado este constructo del lector y la lectora □basado en las características que se asociaban a su sexo□ y que se constituye como predominante en la novela realista y naturalista, podemos encontrar excepciones importantes. En este sentido, percibimos la presencia de ciertos lectores se asemejan peligrosamente a este tipo de lectoras que leen como válvula de escape asumiendo el conjunto normativo que les corresponde a estas en la estructura patriarcal. Buenos ejemplos de ello son Segundo, protagonista masculino de *El cisne de Vilamorta* (1999), Pedro Polo y Alejandro Miquis, en *El doctor Centeno* (2000), y Víctor Quintanar en *La Regenta* (2009).

Para comenzar, vamos a encontrar en dos de nuestros personajes un claro determinismo genético. Igual que Isidora Rufete, protagonista galdosiana de *La desheredada*, queda influenciada por su parentesco, Segundo sufre las consecuencias de provenir de una madre histérica.

Hijo de una madre histérica, a quien las repetidas lactancias agotaron, hasta matarla de extenuación, Segundo tenía el espíritu mucho más exigente e insaciable que el cuerpo. Había heredado de su madre la complexión melancólica, y mil preocupaciones, mil repulsiones instintivas, mil supersticiones prácticas. La había querido y guardaba su recuerdo como un culto.¹⁹

A su vez, Alejandro Miquis parece quedar marcado por su lugar de nacimiento: El Toboso. A lo largo de toda la obra, aparecen diversas referencias que le relacionan directamente con Don Quijote de la Mancha. “El hidalguete manchego”²⁰ o “Dulcineo del Toboso”²¹ son algunos de los ejemplos utilizados para nombrar a este “soñador del Toboso”²². Como afirma Benítez, si los personajes “son manchegos, como los familiares de Isidora Rufete, o los Miquis [...] son Quijotes por sangre y por naturaleza [...]”²³.

Este determinismo quijotesco ya nos indica el tipo de lector al que nos estamos acercando. El motivo cervantino que relaciona la locura con la lectura desmesurada

¹⁹ E. Pardo Bazán (1999), p. 659.

²⁰ B. Pérez Galdós (2000), p. 199.

²¹ B. Pérez Galdós (2000), p. 202.

²² B. Pérez Galdós (2000), p. 253.

²³ R. Benítez (1990), p. 142.

del personaje es reiterado constantemente en las obras de Galdós en alusión al ejercicio lector irracional y evasivo del tipo de lectora que ya hemos apuntado. Por lo tanto, su relación con los lectores propuestos nos sugiere la misma idea que percibimos en el resultado de la simbiosis entre lectora y exceso de textos ficcionales.

Los demás seres imaginativos o locos de las novelas galdosianas [...] son locos por las razones que estudia la literatura médica pero lo son además desde la perspectiva literaria, por una razón menos científica, la frecuencia y abundancia de lecturas [...] se alteran hasta la locura con el contacto con los libros. El motivo cervantino lectura-locura es tal uso en Galdós que no hay prácticamente *Episodio* o novela en que no se utilice.²⁴

Otra de las semejanzas que encontramos es la contradicción en que estos viven. Aparece una ruptura clara entre la vida que les han impuesto desde fuera y la que ellos desearían realmente vivir. En el terreno femenino, tenemos un claro ejemplo en Tristana. Una heroína que intenta, durante toda su trayectoria, cambiar el rumbo que le había sido marcado. Pese a todos sus intentos, no logra dedicarse a ninguna de las profesiones que anhela²⁵. Asimismo encontramos numerosos ejemplos en otras obras de los autores propuestos como Isidora Rufete y Charo, protagonistas galdosianas de *La desheredada* y *Rosalía*; y a Armanda Manuela Antonia, Asís Taboada y Leocadia Otero, heroínas pardobazanianas de *Aficiones Peligrosas*, *Insolación* y *El cisne de Vilamorta*.

La mayor parte de nuestros lectores son conducidos hacia el ámbito jurídico. Desgraciadamente, ninguno de ellos va a sentirse realizado en su profesión. Segundo, además, no parece poseer ninguno tipo de cualidad e interés hacia ella.

Aspiraba el abogado a transmitir su clientela y asuntos a Segundo. Sólo que el muchacho no daba indicios de servir para embrollar pleitos y causas. ¿Cómo había realizado el milagro de salir bien en los exámenes, sin abrir en todo el curso los libros de derecho, y faltando a clase siempre que hacía sol o diluviaba? ¡Bah! Con un memorión de primera y un regular despejo: aprendiéndose, cuando era menester, páginas y páginas del texto, y recordándolas y diciéndolas con la propia facilidad que las *Doloras* de Campoamor, si no con tanto gusto.²⁶

²⁴ R. Benítez (1990), p. 149.

²⁵ El caso de Tristana es el más representativo porque su descontento ante la realidad está en relación a la actividad profesional que no se la permite ejercer, tal y como observamos en los lectores. En contraposición, el resto de heroínas adolecen de otro tipo de razones o circunstancias para no sentirse suficientemente estimuladas en su vida.

²⁶ E. Pardo Bazán (1999), pp. 660-661.

Víctor Quintanar comparte la misma visión que Segundo. Pese a que había identificado muy claramente su vocación, va a introducirse en el mundo del derecho. Asimismo, sus características personales están en clara disonancia con su empleo.

[...] entró en la carrera judicial a regañadientes. Quiso la suerte, y quisieron las buenas relaciones de los suyos, que Quintanar fuera ascendiendo con rapidez, y se vio magistrado y se vio regente de la Audiencia de Granada [...] Pero la espina la llevaba en el corazón; reconocía que el cargo de magistrado es delicadísimo, grande en su responsabilidad, pero él... «era ante todo un artista». ¡Aborrecía los pleitos, amaba las tablas y no podía pisarlas *dignamente!* Este era el torcedor de su espíritu. Si le hubiese sido lícito representar comedias, quizás no hubiera hecho otra cosa en la vida, pero como le estaba prohibido por el decoro y otra porción de serias consideraciones, procuraba buscar otros caminos a la comezón de ser algo más que una rueda del poder judicial [...] ²⁷

También Alejandro Miquis profesa la misma antipatía ante una profesión que no ha escogido voluntariamente. Por esta razón, manifiesta explícitamente su odio hacia un oficio que niega toda idealidad; un prosaísmo contrario al espíritu soñador del personaje.

Era general allí la creencia de que el Toboso, ya tan célebre en el mundo por imaginario personaje, lo iba a ser por uno de carne y hueso. Destinaronle a estudiar leyes [...] odiaba el Derecho. Para él, la Humanidad inteligente no había echado de sí cosa más antipática que aquel *jus* [...] idea enemiga de la pasión, de lo ideal, destructora de la personalidad libre y de la poesía. ²⁸

El caso de Pedro Polo es algo diferente, dado que su camino se aleja del derecho para introducirse en la religión. La semejanza se encuentra en el hecho de que tampoco este personaje decide voluntariamente esta vía, sino que es debido a una complicada situación familiar. Esta es la razón por cual nunca será capaz de identificarse con su profesión de cura.

La familia no había vivido nunca con holgura, y muerto el jefe de ella, quedó en triste miseria. A Pedro Polo le correspondía llevarla sobre sí, cosa en extremo difícil, pues se encontraba con veinticuatro años a la espalda, sin haber estudiado cosa alguna, sin oficio, carrera ni habilidad que pudiera serle provechosa [...] Cantó misa, y la familia tuvo un apoyo. ²⁹

²⁷ L. Alas Clarín (2009), p. 149.

²⁸ B. Pérez Galdós (2000), p. 193.

²⁹ B. Pérez Galdós (2000), pp. 47-48.

A estas circunstancias debemos añadir una caracterización personal que explica el gran descontento con que asumen su realidad. Con “el espíritu mucho más exigente e insaciable que el cuerpo”³⁰ Segundo, como ya apuntamos, había heredado “la complejión melancólica”³¹, que se sumaba a “una perezosa mente de soñador”³². Igualmente Víctor Quintanar “era más soñador que ninguno de los presentes”³³. Alejandro Miquis, con el alma hambrienta de “emociones y dulzuras”³⁴, “soñador de empuje y que en todas las ocasiones iba más allá de la realidad presente”³⁵, era una “víctima de la neurosis”³⁶ y es que “todo él vibraba constantemente, como cuerda de templado metal”³⁷. Por su parte, Pedro Polo “era sanguíneo, tirando a bilioso”³⁸ y tenía un “genio violentísimo”³⁹. Como podemos dilucidar, ninguna de estas características ligadas a la dimensión sentimental era común en la prototípica imagen masculina⁴⁰.

E. Rodríguez Solís hace eco de las doctrinas científicas vigentes en su esfuerzo por defender a la mujer. En su libro, concede gran espacio a mostrar la peculiar fragilidad de las mujeres y, tras recoger diversos testimonios médicos, entre ellos el de Baltasar Viguera, concluye en la “sobreexcitabilidad nerviosa de la mujer” y en que ella vive sujeta “a la *soberana* influencia de su matriz”. En general, se admite que en ella se halla más desarrollado el sistema nervioso y por eso es más sensitiva y más imaginativa o fantasiosa.⁴¹

Por todo lo anterior, el modo en que estos leen va a estar caracterizado por la sentimentalidad, la emoción y la irreflexión. Así, de la misma manera que María, protagonista de *Marta y María*, distorsionaba la realidad debido a la alta cantidad de lecturas que pasaban por su cerebro altamente excitable, nuestros protagonistas masculinos van a acabar no distinguiendo la línea que separa la ficción de la realidad.

³⁰ E. Pardo Bazán (1999), p. 659.

³¹ E. Pardo Bazán (1999)..

³² E. Pardo Bazán (1999), p. 662.

³³ L. Alas Clarín (2009), p. 495.

³⁴ B. Pérez Galdós (2000), p. 165.

³⁵ B. Pérez Galdós (2000).

³⁶ B. Pérez Galdós, p. 192.

³⁷ B. Pérez Galdós.

³⁸ B. Pérez Galdós, p. 50.

³⁹ B. Pérez Galdós.

⁴⁰ El imaginario decimonónico rechaza el vínculo entre el hombre y la dimensión sentimental, motivado por su *supuesta* naturaleza intelectual: “De ahí que en ella dominen las facultades afectivas, el sentimiento; como en el hombre imperan las reflexivas, el pensamiento” (C. Servén Díez (2005), p. 339).

⁴¹ C. Servén Díez (2005), p. 339.

El caso de Segundo es el ejemplo más claro de todos. Lee sin criterio, según le dicta su instinto. No acude a las lecturas con espíritu crítico o reflexivo y, por ello, no consigue extraer conocimientos profundos de ningún campo. Posee, en cuanto a la manera de leer, todas las características contrarias a las que se le presuponen a un hombre.

No era Segundo un lector incansable; elegía sus lecturas según el capricho del momento, y sólo leía lo que conformaba con sus aficiones, adquiriendo así un barniz de cultura deficiente y varia. Más intuitivo que reflexivo y estudioso [...] Fue su cerebro como erial inculto donde a trechos se alzaba una flor rara y peregrina [...] ignoró las ciencias graves y positivas, las lecturas sólidas y serias [...]⁴²

Si Segundo se caracteriza por un modo de leer irreflexivo y visceral, Miquis resulta aún más *femenino* llegando a desfigurar la realidad. Su alma, que siempre procuraba “emociones y dulzuras”⁴³ consigue □ con el personaje fictio que había creado □ “identificarse con él y hacerlo suyo, fundiendo el carácter soñado en el real”⁴⁴.

La gloria artística, el triunfo del más atrevido de los dramas, dichosos lances de amor y fortuna, degustación de placeres desconocidos, poesía y realidad, todo lo sentía vivo, corpóreo, de carne, de sangre y de hueso, encarnado en seres humanos, con voz y figura que él plasmaba en su imaginación creadora.⁴⁵

A Pedro Polo le destemplan sus lecturas. Como a Ana Ozores le sucede, siente la necesidad de abandonar sus libros para dominarse a sí mismo⁴⁶. Ya apuntamos que, puesto que su organismo no era endeble y propenso a los nervios como el de las mujeres, el imaginario de la época no consideraba que esto pudiese sucederle a un hombre. Se deduce entonces que no sería posible descubrir a un lector que mantuviese las *cualidades masculinas* cuyas lecturas pudisen ocasionarle algún tipo de alteración.

Habíase impuesto con rigor de anacoreta la prohibición de leer historias de guerra y conquistas, novelas, viajes y demás cosas incitativas de su espíritu activo; ayunaba de aquel pasto heroico, y para dominarse y flagelarse y someterse, apechugaba valeroso con los alimentos más desabridos de la literatura

⁴² E. Pardo Bazán (1999), p. 661.

⁴³ B. Pérez Galdós (2000), p. 165.

⁴⁴ B. Pérez Galdós (2000), p. 235.

⁴⁵ B. Pérez Galdós (2000), p. 166.

⁴⁶ Resulta curioso observar cómo, de la misma manera en que a Ana Ozores se la conduce hacia lecturas pías o sedantes para templar sus nervios y la insubordinación, Pedro Polo se impone solo este tipo de libros para serenarse a sí mismo.

eclesiástica. Por desgracia suya, pronto le faltaron las fuerzas para esta cruelísima penitencia.⁴⁷

Dentro de este tipo de lecturas eclesiásticas, únicamente siente predilección hacia la Biblia. Esto nos ofrece más información de este personaje en su faceta lectora, dado que el motivo por el que siente esta atracción es por el hecho de que suscita emociones⁴⁸. Por lo tanto, Pedro Polo es un lector con un fuerte componente emocional.

No hallando adónde volver los ojos en el terreno de las lecturas, se amparó de la *Biblia*. El Antiguo Testamento, sobre ser cosa muy santa, es poema, historia, geografía, novela, poesía, drama, y la riquísima serie de sus relatos enciende la imaginación, aviva el entusiasmo, embelesa, suspende y anodada [...] tenían cierta vida sofocada y dolorosa en el fondo de su alma.⁴⁹

En Víctor Quintanar observamos dos características especialmente acuciadas en su modo de leer. Por un lado, es un lector que no mantiene ninguna frontera entre el terreno ficcional y el real. Esto se observa en el hecho de que tenga como referencia de la realidad la ficción⁵⁰ y, asimismo, extrapole la manera de hablar o comportarse de los personajes de sus lecturas. A este respecto, recuérdese a Charo en *Rosalía*⁵¹.

No se teñía las canas, era sencillo, aunque en el lenguaje algo declamador y altisonante. Este vicio lo debía a los muchos versos de Lope y Calderón que sabía de memoria; le costaba trabajo no hablar como Sancho Ortiz o don Gutierrez Alonso.⁵²

⁴⁷ B. Pérez Galdós (2000), p. 93.

⁴⁸ La Biblia, como texto altamente idealizado y que, por lo tanto, puede ocasionar extravíos en la conducta es un motivo presente en relación a las lectoras representadas en las obras de Eduardo López Bago y Alejandro Sawa. El mejor ejemplo lo encontramos en *Crimen Legal* (A. Sawa (2012)). Rafaela pierde su virginidad de manera violenta ante la recitación del *Cantar de los Cantares* por parte de Ricardo.

⁴⁹ B. Pérez Galdós (2000), p. 94.

⁵⁰ Esta característica será la que origine su trágico desenlace.

⁵¹ Charo escenifica al igual que una actriz en el escenario. Incluso parece actuar de acuerdo a un guión previamente preparado, ya que su discurso se mezcla con diversas frases rescatadas de *La dama de las Camelias*: “Charito, al oír aquello de la mujer perdida, cambió afectadamente de tono y de expresión, según convenía a la dramática escena que estaba representando; levantóse y, con el gesto que le parecía más propio para el caso [...] continuó Charito, cubriéndose el rostro con las manos en un movimiento de aflicción que había visto en actrices buenas y malas de los teatros de Madrid. No soy más que una *pobre mujer*... todos me desprecian... no merezgo consideración... Estoy *sola en el mundo*, sin amparo y sin que una *mano protectora*...” (B. Pérez Galdós (1984), p. 197).

⁵² L. Alas Clarín (2011), p. 310.

Por otro lado, la lectura le provoca sentimientos muy intensos. Cambia totalmente su manera de vivir o ver la vida. Estas emociones son efímeras, puesto que desaparecen en cuanto se desliga del libro⁵³.

Don Víctor estaba cada día más triste. Por una parte aquel dolor de atrición, aquel miedo a no salvarse a pesar de ser tan bueno [...] Pero estaba Kempis [...] tomaba el libro y leía... «¡Vuelta al miedo! a la tristeza, a la languidez espiritual. Era en efecto el mundo una laceria, como decía el texto [...]»⁵⁴

En lo que también coinciden nuestros protagonistas con las lectoras es en la predilección por el género ficcional. Pese a ello, podemos subrayar una divergencia. Y es que, mientras en las lectoras observamos su fascinación por la novela, nuestros lectores prefieren el teatro o la poesía.

Segundo es un apasionado amante de los versos. Incluso, como hemos visto, estudia francés para poder leer a algunos de sus poetas favoritos en su idioma original. Además, se identifica con el Romanticismo.

Sobre la mesa de Segundo se besaban tomos de Zorrilla y Espronceda, malas traducciones de Heine, obras de poetas regionales, el Lamas Varelas [...] para leer en el original a Musset, a Lamartine, a Proudhon, a Víctor Hugo [...] ignoró las ciencias graves y positivas, las lecturas sólidas y serias, nodrizas del vigor mental, la era clásica, la literatura castiza, las severas enseñanzas de la historia [...] se identificó con el movimiento romántico del segundo tercio del siglo [...]»⁵⁵

Es tal su afición por las letras, que todo lo valora en función de su literariedad. Como la mayor parte de las lectoras, Segundo establece una relación amorosa con Nieves por todo lo poético que le sugiere.

Segundo entornó los ojos para ver mejor dentro de sí una imagen atractiva, encantadora, y reflexionar que en la existencia de Nieves él no desempeñaba papel alguno [...] Sintió la punzante nostalgia de lo inaccesible, ese deseo insensato y desenfrenado que infunde a un soñador [...] Tiene un pelo rubio ceniza, y unos ojos azules, de un azul claro, que recuerdan los versos de Bécquer...⁵⁶

⁵³ “Tiempo hacía que Quintanar no leía a Kempis, ni pensaba ya en el infierno con horror. De su piedad pasajera sólo le quedaba la convicción de que son necesarias las buenas obras además de la fe para salvarse [...]” (L. Alas Clarín (2009), p. 363).

⁵⁴ *Ibidem*, p. 294.

⁵⁵ E. Pardo Bazán (1999), p. 661.

⁵⁶ E. Pardo Bazán (2000), p. 697.

Alejandro Miquis, en cambio, lee cuanto puede⁵⁷. Desde su más tierna infancia se convierte en un lector precoz y empedernido. En este aspecto, recuerda a Fe Neira, lectora pardobazaniana y protagonista de *Doña Milagros y Memorias de un solterón*. Pese a ello, mantiene una clara predilección por el teatro.

Desde la infancia se había distinguido por su precocidad. Era un niño de estos que son la admiración del pueblo en que nacieron, del cura, del médico y del boticario. A los cuatro años sabía leer, a los seis hacía prosa, a los siete versos, a los diez entendía a Calderón, Balzac, Víctor Hugo, Schiller, y conocía los nombres de infinitas celebridades. A los doce había leído más que muchos que a los cincuenta pasan por eruditos. Su feliz retentiva le había familiarizado con la historia de los libros de texto. A los catorce abriles, varones graves del país le consultaban sobre materias de Historia, Mitología y Lenguaje.⁵⁸

Pedro Polo, por su parte, no presta tanta atención al género como a los requisitos que, según su criterio, deben tener los libros a los que se acerca. Estas características van en consonancia con su espíritu activo y su temperamento.

El leer más grato a su espíritu varonil era el de cosas heroicas y fuera de la común, historias de bravas conquistas o descubrimientos. También se entretenía con novelas, prefiriendo las de mucho enredo, llenas de pasos y lances estupendos. Los viajes arriesgados por islas y tierras de bárbaros le deleitaban, y todo aquello en que hubiera lucha con feroces bestias o con los elementos, dificultades, trabajos y el siempre sublime sacrificio del hombre por la Cruz y la civilización. Su temperamento se empapaba en esto, y se condimentaba, dirémoslo así, como ciertos manjares se guisan en su propio jugo. Jamás se le vio leer libro místico [...] ⁵⁹

El teatro del siglo XVII es la pasión de Víctor Quintanar. Como consecuencia de su gran afición a representar comedias, su profesión frustrada, se halla totalmente ensimismado por todo el siglo de Oro español. Además, debido a esa distorsión que realiza entre ficción y realidad, cree fervientemente en el código social y moral que aparece en las obras.

Siempre había sido muy aficionado a representar comedias, y le deleitaba especialmente el teatro del siglo diecisiete. Deliraba por las costumbres de aquel tiempo en que se sabía lo que era honor y mantenerlo. Según él, nadie como

⁵⁷ Se debe subrayar la peculiaridad de este lector dado que, pese a que tiene conocimientos sólidos y se acerca también a lecturas de carácter intelectual o formativo, en cambio, mantiene las características y sufre las mismas consecuencias (como la distorsión de la realidad) ligadas a los/as lectores/as que se acercan al género ficcional únicamente.

⁵⁸ B. Pérez Galdós (2000), pp. 192-193.

⁵⁹ B. Pérez Galdós (2000), p. 72.

Calderón entendía en achaques del puntillo de honor, ni daba nadie las estocadas que lavan reputaciones tan a tiempo, ni en el discreto de lo que era amor y no lo era, le llegaba autor alguno a la suela de los zapatos. En lo de tomar justa y sabrosa venganza los maridos ultrajados, el divino don Pedro habñia discurrido como nadie y sin quitar a *El castigo sin venganza* y otros portentos de Lope el mérito que tenían, don Víctor nada encontraba como *El médico de su honra*.⁶⁰

Para tres de los lectores propuestos la literatura ocupa un lugar aún más importante en sus vidas. No solo conformándose con leer van a ir más allá en un intento por canalizar todas sus ansias vitales. En el campo de las lectoras, el ejemplo más claro lo tenemos en Ana Ozores y su escritura poética.

Tanto Segundo como Alejandro Miquis se encuentran obsesionados con la idea de escribir. Comenzando por el personaje pardobazaniano, va a conducir sus conatos literarios hacia la poesía, su género predilecto. Sin embargo, no va a resultar con el éxito de sus expectativas y la crítica va a aplastar sus ambiciones.

Venía el crítico a decir que hoy, cuando los versos magistrales carecen de lectores, es lástima grande hacer gemir las prensas con rimas de inferior calidad; que hoy, cuando Bécquer pertenece ya al número de los semidioses de la poesía, habiendo ingresado en el pabellón de los inmortales, es pecado que se le falte al respeto imitándole torpemente [...] ⁶¹

Miquis tampoco obtendrá mejor suerte en el teatro. Tantas horas de dedicación a la gran obra que había imaginado únicamente van a concluir en que muere obsesionado y totalmente imbuido en la fantasía. Es esta una nueva influencia de Cervantes en la obra galdosiana ya que...

La literatura, en especial el Romanticismo, actúa además con los personajes como la novela de caballerías en el *Quijote*, creándoles una segunda naturaleza, un mundo imaginativo que supera y suplanta la realidad de sus vidas.⁶²

Pese a ello, resulta esclarecedor observar la manera en que nuestro lector escribe dado que, en comparación a cómo afronta el ejercicio lector, es aún más sentimental y entusiasta, llegando a rozar la histeria.

A tales horas, excitado por su labor, sentía febril entusiasmo; había algo de convulsivo y epiléptico en la onda de vibraciones nerviosas que de su cerebro salía, viniendo a morir en su epidermis. Su sangre era lumbre; el pulso se

⁶⁰ L. Alas Clarín (2011), p. 234.

⁶¹ E. Pardo Bazán (1999), p. 814.

⁶² R. Benítez (1990), p. 106.

aceleraba, corría, como viajero impaciente. Su fantasía poderosa encendíase a la acción magnética de aquel estilo ampuloso y calderoniano.⁶³

En contraposición, Quintanar va a canalizar sus inquietudes literarias en la interpretación, aunque no llega a pasar de aficionado. Pese a ello, vamos a observarle representando en su vida diaria. Incluso a solas se deleita con el noble arte de la dramaturgia.

Pero hacía más que leer, declamaba; y, con cierto miedo de que su marido se hubiera vuelto loco, pudo ver la Regenta que don Víctor, entusiasmado, levantaba un brazo cuya mano oprímía temblorosa el puño de una espada muy larga, de soberbios gavilanes retorcidos. Y don Víctor leía con énfasis y esgrimía el acero brillante, como si estuviera armando caballero al espíritu familiar de las comedias de capa y espada.⁶⁴

La percepción social de las inquietudes literarias de nuestros lectores, igual que podemos observar en las heroínas apuntadas, también van a ser sancionadas. La diferencia estriba en el hecho de que, mientras la censura va a ir dirigida en estos hacia la problemática de que no se considera más que una afición que no es capaz de satisfacer sus necesidades económicas, ...

Éste no quiere ser nada, nada, más que un solemne holgazán, y pasarse la vida echando borroncitos en papelitos... Ni más ni menos. Allá van los cuartos de la carrera, todo lo que gasté; allá van el Instituto, la Universidad, la pechera, el levitín, la botica flamante [...]⁶⁵

... las lectoras van a ser tachadas de locas, marimachos o histéricas.

A la altura de 1879, para Clarín no es posible negarle a la mujer su derecho a escribir, pero ese derecho solo se ejercita con la condición de «perder el sexo». Estas ideas tuvieron su concreción en Ana Ozores, cuyas inquietudes literarias son vistas en *Vetusta* como «cosa hombruna», llegando incluso a apodarla «Jorge Sandio». Ante la opinión unánime de que la literata es «un absurdo viviente», ella misma llega a verse como un «ente híbrido y abominable».⁶⁶

Además, se presenta como algo incompatible con su papel de madre o esposa.

⁶³ B. Pérez Galdós (2000), p. 195.

⁶⁴ L. Alas Clarín (2009), p. 352.

⁶⁵ E. Pardo Bazán (1999), p. 671.

⁶⁶ B. Sáez Martínez (2008), p. 41.

En estos se parodiaba su educación y sus lecturas, siempre mal orientadas, que podían causar estragos tan alarmantes como el ateísmo, la pérdida de la belleza y la masculinización de sus rasgos; cuyas últimas consecuencias eran la soltería o, si se casaban, el abandono de los deberes propios de su sexo, llevando la infelicidad al matrimonio.⁶⁷

Respecto a ellas, lo que también resulta semejante son los finales de nuestros héroes. Su imaginación desbordada aplicada al exceso de lectura va a producir catastróficas consecuencias para algunos de ellos. Frente a los resultados intelectuales de la lectura desmedida de un lector prototípico que, en el caso de Gaspar de Montenegro, será un hastío ante la vida dado que el exceso de cultura le conduce a un acercamiento más profundo de la vida y este, a su vez, a la decepción, se sitúan las típicamente femeninas de los lectores propuestos.

Se habla de los beneficios de la cultura, y no sé (es una de mis graves incertidumbres) si no debiera pensarse en los efectos de las intoxicaciones librescas. Es imposible que esta sobresaturación cerebral no gaste las fuerzas de resistencia del hombre contra el Misterio. La percepción confusa del Misterio, al hacerse aguda, causa vértigo insano. «Quien ciencia añade, dolor añade», dijo el soberano poeta hebreo; y una comprobación de esta creencia mía la hallo en el estado del alma de otro torturado [...]»⁶⁸

El ejemplo más claro lo tenemos en Víctor Quintanar. Sus libros le llevan a tomar la decisión de enfrentarse a un duelo para el que no está preparado. Pese a que siente miedo ante todo lo referente a la muerte, al asumir como válido el código moral de sus lecturas, toma la difícil decisión que va a acabar con su vida.

—Nada, ¡pero aún estamos a tiempo! —contestó el marido burlado, puesto en pie, con los puños apretados, avergonzado, como si se viera en camisa en medio de la plaza; furioso ante la idea de que no había habido allí *nada*, ningún crimen cuyo autor debía ser él, según exigían las leyes del honor... y del teatro—. Nada, nada... pero habrá, habrá sangre... ¿Y usted lo sabe? ¿Esa mujer ha divulgado mi deshonra...? Eso ha sido también una venganza, no es arrepentimiento; es venganza... pero esto importa poco. ¡Lo que importa es que el mundo sabe...! ¡Desgraciado Quintanar! ¡Miserable de mí...!»⁶⁹

⁶⁷ M.I. Jiménez Morales (2008), p. 124.

⁶⁸ E. Pardo Bazán (2000), p. 479.

⁶⁹ L. Alas Clarín (2009), pp. 564-565.

Alejandro Miquis también va a morir, aunque entre delirios literarios y problemas económicos. Y es que, como Isidora Rufete⁷⁰, era incapaz de administrar sus recursos económicos. Por otro lado, su determinación por el lugar de nacimiento ya iba vaticinando su aciago final.

¿Quién que observara la expresión de aquel rostro, en que se pintaban con magistral sello el martirio y la exaltación de las ideas, no había de extender la mano y decir con arrebatado de piedad : «Detente, muerte, y no le toques»?⁷¹

Segundo resulta ser el personaje más agraciado al final de sus aventuras. Derrotado en su carrera literaria y en el plano amoroso, decide irse a América a probar fortuna.

Y con tan sanas ideas y honrados propósitos, *Tropiezo* llegó a la tertulia de Agonde, y al cabo de un cuarto de hora de sesión desembuchó la nueva. Segundo García se marchaba a América a probar fortuna.⁷²

En relación a Pedro Polo se nos ofrece más información en *Tormento*. Va a acabar abandonando la carrera eclesiástica, huyendo por amor. Sin embargo, no se pueden apreciar consecuencias directas de la literatura, aunque podemos preguntarnos hasta qué punto sus lecturas no empujan al personaje a abandonar el prosaísmo de su realidad.

En conclusión, podemos observar cómo, pese a que en la época decimonónica se presenta un patrón claro de lector, también podemos hallar ciertas excepciones. Un hombre que se acerca peligrosamente al modo de leer *femenino* caracterizado, en líneas generales, por la falta de raciocinio, el sentimentalismo, la evasión y la identificación. Es decir, observamos una crítica clara hacia la lectura romántica e identificativa. Una disposición ante el ejercicio lector que se relacionaba con la mujer, dadas las estructuras sexistas en que se sustenta su imagen. Pese a ello, los autores van a castigar indistintamente tanto al hombre como la mujer que no se adapta a los nuevos tiempos. Unos/as lectores/as que parecen vivir en un mundo paralelo, totalmente ajenos a la sociedad que les rodea.

Tanto Segundo como Alejandro Miquis se convierten en prototipos del *soñador romántico*, poetas que viven en mundo cerrado de fantasía. En esta misma línea, Víctor Quintanar queda más asociado al tipo de mujer lectora que extrapola sus lecturas a la realidad, desfigurando esta. La única excepción la encontramos en Pedro Polo que, como hemos observado a lo largo del análisis, se aleja de los demás

⁷⁰ La determinación de La Mancha, su incapacidad para manejar los asuntos económicos y su obsesión por la literatura, aunque con diferentes matices, son claros paralelismos entre Isidora Rufete y Alejandro Miquis.

⁷¹ B. Pérez Galdós (2000), p. 260.

⁷² E. Pardo Bazán (1999), p. 819.

y queda reflejado como el prototipo del hombre de acción y sanguíneo, cuyas lecturas le sirven para alimentar su ímpetu y agudizar su temperamento.

Pese a estas diferencias, todos ellos se distancian de la imagen del hombre lector intelectual que se acerca a lecturas de carácter más abstracto y, debido a ello, quedan severamente castigados. Ya no es tiempo para los románticos.

Obras citadas

- ALAS CLARÍN, Leopoldo: *La Regenta* (Vol. II), ed. de J. Oleza, Madrid, Cátedra, 2009.
- : *La Regenta* (Vol. I), ed. de J. Oleza, Madrid, Cátedra, 2011.
- BALLARÍN DOMINGO, Pilar: «La educación de la mujer española en el siglo XIX», *Historia de la educación: Revista Interuniversitaria*, 8 (1989), pp. 245-260.
- BENÍTEZ, Rubén: *Cervantes en Galdós*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1990.
- BUTLER, Judith: *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Madrid, Paidós, 2011.
- CATELLI, Nora: «Buenos libros, malas lectoras. La enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX», *Lectora: revista de dones i textualitat*, 1 (1995), pp. 121-133.
- CORREA RAMÓN, Amelina: «El siglo de las lectoras», en María Pilar Celma Valero, Carmen Morán Rodríguez (eds.), *Con voz propia: la mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*, Valladolid, Junta de Castilla y León: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2006, pp. 29-39.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria: «La experiencia de la mujer hecha memoria», en Gloria García, M^a Luz de Prado (coords.), *Espacios visibles. Espacios invisibles*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, 2006, pp. 17-36.
- JIMÉNEZ MORALES, María Isabel: «Antifeminismo y sátira en la lectora española del siglo XIX», en Pura Fernández, Marie-Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 115-136.
- LYONS, Martyn: «Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros», en Guglielmo Cavallo, Roger Chartier (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 387-424.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: «La circulación de libros y la socialización de la lectura: nuevos públicos y nuevas prácticas», en Jesús Antonio Martínez Martín (coord.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, Historia, 2001, pp. 455-472.
- PARDO BAZÁN, Emilia: *El cisne de Vilamorta* (Vol. I), en Darío Villanueva, José Manuel González (edición y prólogo), *Obras completas: (Novelas). I, Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina; Un viaje de novios; La*

- Tribuna; El Cisne de Vilamorta*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999.
- : *La Sirena Negra* (Vol. V), en Darío Villanueva, José Manuel González (edición y prólogo), *Obras completas: (Novelas). V, La quimera; La sirena negra; Dulce dueño*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2000.
- : *Memorias de un solterón*, ed. de M^a Ángeles Ayala, Madrid, Cátedra, 2004.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Rosalía*, ed. de A. Smith, Madrid, Cátedra, 1984.
- : *El amigo Manso*, Madrid, Alianza, 1999.
- : *El doctor Centeno*, Madrid, Alianza, 2000.
- : *Fortunata y Jacinta* (Vol. I), ed. de F. Caudet, Madrid, Cátedra, 2011.
- SÁEZ MARTÍNEZ, Begoña: «Críticos, críticas y criticadas: el discurso crítico ante la mujer de letras», en Pura Fernández, Marie-Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 33-52.
- SAWA, Alejandro: *Crimen legal*, Sevilla, Renacimiento, 2012.
- SERVÉN DíEZ, Carmen: «Mujer y novela: prescripciones sociales en la España de la Restauración», en Virginia Trueba, Enrique Rubio, [et al.] (eds.), *Lectora, heroína, autora (La mujer en la literatura española del siglo XIX): III Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX (Barcelona, 23-25 de octubre de 2002)*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 2005, pp. 333-346.